



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Pueblo y gobierno estadounidense en la política martiana (1892-1895)

Autor: Hidalgo Paz, Ibrahim

Forma sugerida de citar: Hidalgo, I. (1995). Pueblo y gobierno estadounidense en la política martiana (1892-1895). *Cuadernos Americanos*, 3(51), 193-206.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 51, (mayo-junio de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PUEBLO Y GOBIERNO ESTADOUNIDENSE EN LA POLÍTICA MARTIANA (1892-1895)

Por *Ibrahim* HIDALGO PAZ ·
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

UNA VEZ FUNDADO el Partido Revolucionario Cubano, en abril de 1892, José Martí, elegido su máximo dirigente, centró todas sus fuerzas en la misión que debía culminar en el surgimiento de un país totalmente libre y en una república plenamente democrática. No escapaba al político previsor que la guerra contra España para liberar a sus dos últimas posesiones en América, Cuba y Puerto Rico, era un acontecimiento que trascendería el marco de los campos de batalla, para insertarse en una convulsa situación internacional, cuando las potencias del orbe aspiraban a hacerse fuertes en diversas zonas del planeta, en pugna con sus competidoras. La independencia de las dos islas, por tanto, debía contar con el apoyo de los pueblos de todo el continente, a los que el PRC tenía el deber de mostrarles que la contienda sería un 'suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo'.¹

El Delegado —término con que se designaba su alto cargo— despliega una actividad múltiple, a fin de prestar los elementos para el enfrentamiento armado contra las fuerzas represivas hispanas. Una de las tareas decisivas en su labor política, expresada en el documento programático titulado *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, era 'establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tendieran a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva Repúbli-

¹ José Martí y Máximo Gómez, "El Partido Revolucionario Cubano a Cuba (Manifiesto de Montecristi)", en José Martí, *Obras completas*, La Habana Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, vol. 4, p. 101.

ca indispensable al equilibrio americano''.² Uno de estos pueblos amigos era el estadounidense, con el que convivían a diario la mayor parte de los cubanos radicados en el extranjero.

El asentamiento de grupos relativamente numerosos en territorio del Norte se incrementó después del inicio de la Guerra de los Diez Años, como resultado de la represión desatada por el régimen colonial español. La lucha por la libertad en la mayor parte de las Antillas despertó la simpatía y el apoyo de gran parte de los ciudadanos de aquel país, que expresó su solidaridad y dio combatientes para las tropas *mambisas*, como ocurría en otras tierras del mundo, especialmente las de Nuestra América. Varios gobiernos de ésta reconocieron al constituido por los insurrectos. Muy distinta fue la actitud de las autoridades de Washington, quienes continuaron la política tendente a mantener a Cuba en manos de España hasta tanto fuera posible adquirirla o anexarla al Norte, lo cual se manifestó en aquellos momentos en la declaración oficial de neutralidad entre los beligerantes, mientras en la práctica apoyaban a la Corona peninsular con la venta de todo tipo de armamento y la persecución contra los cubanos que intentaran adquirir equipamiento bélico u organizar expediciones hacia la isla.³ Tales muestras de injusticia, promovidas por los intereses expansionistas, eran conocidas y condenadas por la generalidad de los independentistas cubanos, los cuales establecían claramente la diferencia entre la política del gobierno yanqui y la actitud del pueblo estadounidense. Para Martí, esta distinción nunca ofreció dudas: "Podrán los gobiernos desconocernos: los pueblos tendrán siempre que amarnos y admirarnos", escribió en fecha tan temprana como 1876.⁴

² José Martí, "Bases del Partido Revolucionario Cubano", *OC*, vol. 1, p. 280.

³ Al respecto, véase Manuel Márquez Sterling, *La diplomacia en nuestra historia*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967; Herminio Portell Vilá, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, Jesús Montero, 1938-1941; Philip S. Foner, *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, y Gilberto Toste Ballart, *Reeve, el Inglesito*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

⁴ José Martí, "A la colonia española", *Revista Universal (México)*, 8 de septiembre de 1876, *OC*, Edición crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1983, vol. 1, p. 276. Esta política de establecer relaciones con los pueblos de los países cuyos gobiernos no eran amigos constituía parte esencial de su concepción de la lucha independentista, y Martí la aplicó consecuentemente con respecto a España, como señala Rolando González Patricio en su trabajo inédito "José Martí, aproximaciones a su estrategia para las relaciones Cuba-Estados Unidos", *La Habana*, 1992, p. 8, mecanografiado.

La vileza de los gobiernos del poderoso vecino no logró opacar ante los ojos de los cubanos las muestras de simpatía y apoyo de amplios sectores de aquel país. La sabiduría política de José Martí al respecto estuvo en alentar y fomentar consecuentemente esta posición de honda raíz democrática y progresista, siempre latente en diversos grupos dentro de los Estados Unidos.

El Delegado orientó a todos los clubes y cuerpos de consejo —instancias de base e intermedias en las localidades— con el objetivo de obtener el apoyo de aquellos hombres y mujeres que durante años habían dado muestras de simpatía hacia quienes aspiraban a instaurar en su patria la libertad y la democracia. En una de sus comunicaciones expresó que “el respeto de este país nos es indispensable”, y en otra: “La exhibición de nuestros móviles y carácter ante el país norteamericano es, pues, un deber político de extrema importancia, un deber de conservación nacional”. La independencia de Cuba y Puerto Rico “correría gran riesgo” si en aquellos momentos en que se intentaba levantar la revolución, los patriotas fueran incapaces de lograr que el pueblo norteamericano conociera y respetara “los méritos y capacidades de las Islas”.⁵

Debía lograrse que aquél estuviera en disposición de influir sobre su gobierno, con el objetivo de atenuar la posible actuación contra la revolución cubana. Martí sabía que, a pesar de los mecanismos creados por los aparatos burocráticos de poder, el pueblo estadounidense tenía a su disposición, y en ocasiones utilizaba eficazmente, recursos válidos para constituir sectores de opinión que ejercían presiones capaces de variar o neutralizar determinadas tendencias impulsadas o alentadas por los políticos de oficio.⁶

Para llegar a las grandes mayorías, el Delegado se propuso, desde los primeros momentos de su actuación al frente del Partido, realizar una continua labor de propaganda en la prensa nacional y redactar un manifiesto en lengua inglesa en el que se explicaran las razones de los independentistas para no cejar en sus luchas. Por todos los medios debía recabarse la ayuda del país, al que había que mostrársele que los cubanos y puertorriqueños “tienen en la más

⁵ La primera cita corresponde a José Martí, Carta a Fernando Figueredo, 2 de agosto 1892, *OC*, vol. 2, p. 84; y las otras se encuentran en José Martí, Carta a los presidentes de los clubes del Partido Revolucionario Cubano, en el Cuerpo de Consejo de Key West, New York, 13 de mayo de 1892, *OC*, vol. 1, p. 447.

⁶ Al respecto, véase el capítulo sobre el movimiento reformista en los Estados Unidos, en la tesis de doctorado de Hébert Pérez Concepción, titulada *José Martí y la práctica política norteamericana (1881-1889)*, Santiago de Cuba, 1990, inédita.

alta estima, por las necesidades comunes de la hora presente, y la decorosa amistad en lo futuro, la simpatía del pueblo de los Estados Unidos, al cual les une cordial gratitud política, y la igual determinación de mantener el bienestar y libertad del hombre". Los dos pueblos podían conocerse mejor, y de este modo ganar mutuamente "más amistad y más respeto", como deseaba que existiera entre los hombres de habla española y de habla inglesa del continente.⁷ En sus continuos viajes a las diferentes localidades donde residían y trabajaban sus compatriotas, además de contribuir al perfeccionamiento de los clubes, favorecía la participación de los ciudadanos estadounidenses en las veladas y conferencias organizadas por distintos motivos, y cuando la ocasión era propicia hablaba en su idioma a los invitados, como lo hacía a los obreros nortños en las fábricas de tabaco que visitaba.

Esta sistemática campaña estaba dirigida a contrarrestar la previsible actuación del gobierno norteamericano contra los independentistas. La posición asumida por aquél con respecto a España durante la Guerra de los Diez Años, librada por los cubanos de 1868 a 1878, indicaba a las claras que nada positivo podían esperar los patriotas de la Isla de quienes estaban interesados en mantener a Cuba en manos peninsulares hasta tanto las condiciones internacionales fueran propicias para comprarla o convertirla en un apéndice del Norte. Por otra parte, la historia de la política de este país hacía evidente el crecimiento acelerado de las tendencias expansionistas e injerencistas, y la conformación de determinados sectores que "alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto e imperio natural e irresistible que los autorice a salir de bandidos por el mundo, embolsándose pueblos como se embolsan castillos los condes feudales".⁸

Eran grandes los riesgos a que se enfrentaba el movimiento revolucionario, los cuales se concretaban en dos factores a los que el Delegado atendería de modo firme y constante: en primer lugar, la

⁷ El primer fragmento está tomado de José Martí, "La recepción en Filadelfia", *Patría*, 20 de agosto de 1892, *OC*, vol. 2, p. 139; las palabras entrecomilladas que le siguen son de José Martí, "El baile de la Sociedad de Beneficencia Hispano-Americana", *Patría*, 14 de agosto de 1893, *OC*, vol. 5, p. 68. Acerca del manifiesto que se proponía redactar, véase José Martí, Carta a los presidentes de los clubes..., citada en la nota 5, *OC*, vol. 1, p. 447.

⁸ José Martí, "En los Estados Unidos", *La Nación* (Buenos Aires), 30 de marzo de 1889, *OC*, vol. 12, p. 143.

posible actuación de las autoridades estadounidenses contra el PRC, debido a que, a pesar de la discreción y el tacto con que se llevaban a cabo las actividades de propaganda, proselitismo y recaudación, podrían surgir dificultades, pues España era una nación amiga de los Estados Unidos, cuyo gobierno podía acceder —consecuente con su actuación durante la pasada guerra de los cubanos contra la metrópoli ibérica— a las solicitudes de la Corona para neutralizar a los independentistas. Y, en segundo lugar, el Maestro tenía en cuenta la campaña anexionista, llevada a cabo de modo sostenido por los elementos interesados, tanto en Cuba como en el Norte, en que la mayor de las Antillas pasara a formar parte del poderoso vecino.

En ambos casos, el PRC debía recabar la ayuda y el apoyo del pueblo norteamericano, mostrándole la injusticia de que su gobierno pudiera impedir a los hijos de la Llave del Golfo organizarse y reunir recursos con que luchar por su independencia, como habían hecho las antiguas colonias contra la metrópoli inglesa. Debía mostrarse a los sectores democráticos del Norte que el pueblo cubano rechazaba la anexión, a la vez que reconocía los beneficios que para ambos pueblos reportaría “la amistad y comercio entre las dos repúblicas”.⁹

No ignoraba el Delegado la fuerza y la influencia de los representantes de la Corona y de los anexionistas en las altas esferas del gobierno de los Estados Unidos, y que los objetivos de los revolucionarios cubanos no gozaban de los favores de la generalidad de los miembros de la dirección política del país. Sabía que a sus enemigos no les faltaría “por desdicha benevolencia en la actual Secretaría de Estado, cuya historia y entrañas conozco”, mientras que los independentistas se enfrentaban a “la poca amistad del Gobierno actual de Washington”. Éste fue favorable a la solicitud de España, en agosto de 1892, cuando la Corona estableció protesta formal por la actuación del Partido Revolucionario Cubano en territorio del Norte. De inmediato, las autoridades yanquis iniciaron la búsqueda de pruebas comprometedoras contra la organización, la correspondencia del PRC fue violada y la policía inició la vigilancia sobre los clubes. Dando muestras de sus dotes de estadista, Martí actuó cautelosamente. Como expresara en una de sus cartas: “he hecho de modo que donde debe, conste, por gente de peso, nuestra protesta

⁹ Fragmento del artículo “El Delegado en Cayo Hueso”, *Patria*, 3 de diciembre de 1892, OC, vol. 4, p. 334.

privada, y así he puesto el caso con mi viaje a Washington, cerca de buena gente, y mis entrevistas en New York y Filadelfia''. De este modo confiaba ''obtener más respeto con el Gobierno del Norte del que ahora gozamos''. Pero no era de éste del que esperaba comprensión, sino la ''ayuda —más moral que material— en el pueblo norteamericano, ayuda en que insisto y que preparo, y creo hemos de conseguir''; y orienta a sus colaboradores ''a que le muestre y haga que se le muestre justa amistad''.¹⁰

Al constatar el incremento de la campaña anexionista, Martí orientó su atención hacia los sectores progresistas del Norte. Marchó a las localidades de la Florida, donde habló en diversas ocasiones ante cubanos y norteamericanos, a quienes explicó los males, trastornos e injusticias que acarrearía la anexión. En Cayo Hueso impartió una conferencia en inglés en el Club San Carlos, totalmente colmado de público, principalmente del país, ante el cual expuso la historia de las luchas cubanas por la independencia, así como el rechazo de la Isla a la tendencia antinacional, y la favorable acogida a la amistad y al comercio futuro entre Cuba liberada y sus vecinos. Sus palabras tuvieron cálida acogida, y los residentes del lugar le ratificaron la simpatía hacia la causa de Cuba en los Estados Unidos. Más al norte, en Filadelfia, los cubanos recibieron al Delegado y acordaron varias resoluciones, en las que se destacaba la estricta concordancia con las declaraciones del PRC sobre la peligrosa e innecesaria anexión a los Estados Unidos, a la vez que expresaban su alta estima por la decorosa amistad y la simpatía del pueblo de ese país.¹¹

La prensa estadounidense, como esperaba el Maestro, se hizo eco de los actos de apoyo al dirigente cubano, así como de los razonamientos de los oradores y del contenido de los documentos del PRC, y aparecieron noticias y comentarios favorables, entre otros,

¹⁰ Los dos primeros fragmentos corresponden a José Martí, Carta a Fernando Figueredo, 18 de agosto de 1892, *OC*, vol. 2, pp. 123 y 124; el tercero a José Martí, Carta a Serafín Sánchez, de igual fecha, *OC*, vol. 2, p. 120; y los otros son tomados de la citada carta a Figueredo, p. 124.

¹¹ La información acerca de estos asuntos se halla en Un Soldado, ''Desde Ocala'', *Patria*, 30 de julio de 1892; ''Conferencia del Sr. Martí'', *El Porvenir* (Nueva York), 7 de diciembre de 1892; ''El Delegado en Cayo Hueso'' y ''Contra la anexión'', *Patria*, 3 y 17 de diciembre de 1892, respectivamente; y José Martí, fragmento del artículo ''El Delegado en Cayo Hueso'', *Patria*, 3 de diciembre de 1892, *OC*, vol. 4, pp. 333-334.

en los periódicos *Herald*, *Sun*, *Journal of Commerce*, *The New York Times* y *Public Ledger* de Filadelfia.¹²

Pocas semanas después de aquellos hechos tuvieron lugar las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, en las que el triunfo correspondió al Partido Demócrata. Aunque un cambio en la administración no equivalía a transformaciones notables de una política secular, el vocero oficioso del PRC se pronunció favorablemente ante la posible desaparición del proteccionismo mantenido por Harrison, pues las tarifas impuestas por la Ley McKinley no beneficiaban a las repúblicas meridionales, aplastadas bajo una "reciprocidad" leonina que debería ceder ante las necesidades de toda América. En cuanto a Cuba, *Patria* recordaba la actitud del Partido Republicano durante la Guerra de los Diez Años, contraria a las legítimas aspiraciones cubanas, y expresaba la confianza en que los demócratas seguirían otra conducta. No alcanzaba el optimismo a suponer que los políticos de oficio auxiliarían a los independentistas en su lucha, pero

Sí tenemos derecho a esperar respeto para nuestras ideas, garantías para nuestra propaganda, equidad para nuestros empeños generosos y resolución imparcial e independiente cuando flote nuestra bandera en algún pedazo de territorio querido que arrebate nuestro esfuerzo a la dominación despótica... Y entiéndase que no pedimos favor, sino justicia.¹³

No sería con la intervención de fuerzas ajenas como se alcanzaría la independencia, que sólo debía lograrse con esfuerzos propios, si se aspiraba a que fuera legítima y estable. Ésta era, además, la única garantía de la instauración de una república independiente de todo poder extraño, donde la soberanía fuera ejercida por el pueblo de la Isla. Sólo los anexionistas negaban "que el respeto conquistado por la propia emancipación, y el comercio libre, son los únicos medios de mantener la paz cordial" entre la Isla, una vez liberada, y los Estados Unidos.¹⁴

¹² Véase José Martí, "La independencia de Cuba y la prensa de los Estados Unidos", *Patria*, 27 de agosto de 1892, OC, vol. 2, pp. 148 y 149, y "La prensa americana y nuestro movimiento", *Patria*, 23 de julio de 1892. En carta a Serafín Sánchez, Martí expresó: "Toda la prensa sería habló aquí de nosotros, esta vez con especial favor. Continuemos mereciéndolo", OC, vol. 2, p. 83.

¹³ "Los demócratas en el poder", *Patria*, 12 de noviembre de 1892.

¹⁴ José Martí, "El Partido Revolucionario a Cuba", *Patria*, 27 de noviembre de 1893, OC, vol. 2, p. 347. La campaña anexionista esgrimía como argumento que la

Tales verdades fueron compartidas por una considerable parte del pueblo norteamericano, la que se manifestó de múltiples formas en las localidades donde compartían con los cubanos la vida social y económica. No sólo asistían a las veladas y conferencias organizadas por los clubes revolucionarios, sino que tomaban parte en las actividades artísticas, se pronunciaban públicamente en favor de la independencia de Cuba; y la prensa del país, en múltiples ocasiones, reflejó con respeto y admiración el amor de los cubanos por la libertad, y se manifestó favorablemente acerca del empeño por alcanzarla. No podían faltar, claro está, quienes adoptaran una posición totalmente opuesta, lo que ponía de relieve las profundas diferencias entre los estadounidenses progresistas, verdaderamente respetuosos de la ley de su país, defensores de los derechos democráticos, y los que sólo veían la ocasión de pasar por encima de la propia Constitución, si en ello les iban ganancias, dividendos y poder. Martí diferenciaba claramente entre el "norteamericano bribón" y el "republicanismo de sus compatriotas", entre los "bandidos de la lengua" y los "norteamericanos justicieros", entre los "hombres buenos" y los "pedantes incapaces".¹⁵

Estas diferencias se pusieron claramente en evidencia con motivo de un conflicto obrero —eran bastante frecuentes en Cayo Hueso— transformado por los dueños de la fábrica La Rosa Española en una confrontación política en la que se confabularon elementos de la Isla, con el apoyo del capitán general, y funcionarios yanquis, quienes permitieron la entrada de rompehuelgas llevados desde La Habana, en violación de las leyes de contratación e inmigración del Norte.

El Delegado comprendió de inmediato que los objetivos de aquella componenda no se dirigían sólo contra el movimiento obrero, sino que apuntaban contra todas las fuerzas revolucionarias de aquella comunidad, y contra las bases sociales del Partido de la Florida, quizás como primer paso para aniquilarlas completamente en el territorio estadounidense. Por ello encargó al abogado neoyorquino Horatio S. Rubens la atención del aspecto legal de la disputa,

única esperanza para los cubanos era la anexión a los Estados Unidos, debido a la incapacidad para el gobierno propio, y que el temor a una guerra catastrófica sólo sería evitable mediante una intervención del poderoso vecino, que hiciera a la isla parte de su territorio; véase "Cubans favor annexation", *The New York Times*, 5 de agosto de 1892, información aportada por Oscar Lapeley.

¹⁵ Las frases entrecomilladas han sido tomadas de José Martí, "¡a Cuba!", *Patria*, 27 de enero de 1894, OC, vol. 3, pp. 52 y 53.

envió instrucciones a varios cubanos, dirigió un memorándum al Secretario de Estado, actuó —sin hacerse visible— cerca del gobierno y la prensa del país, y escribió en *Patria* artículos dirigidos a influir en la opinión pública y a ganar adeptos para la defensa de los derechos violados.¹⁶

En uno de los textos en que analizó los hechos, planteó una interrogante decisiva: “¿Será así, feroz y desagradecido, todo el pueblo norteamericano?”. La respuesta, en sentido negativo, no se hizo esperar, como podemos deducir de la reacción que debieron tener los amigos de la causa independentista ante el artículo “¡A Cuba!”, traducido por el propio Martí e impreso en hoja suelta, y cuyas comunicaciones motivarían la nota que insertó el vocero oficial del Partido en su edición del 9 de febrero, en la que expresaba: “Agradece *Patria*, sobre todo, el respeto y aplauso que ha obtenido la versión inglesa de los lectores norte-americanos”.¹⁷

El movimiento de amistosa solidaridad fue tomando auge. En Jacksonville, un grupo de cubanos y estadounidenses, trabajadores de El Modelo Cigar Co., firmaron unidos un documento en el que reiteraron la protesta de sus compatriotas de la fábrica de M. Corcés, de Thomasville, contra el reino de terror instaurado en Cayo Hueso a raíz de la llegada de los rompehuelgas. Estos norteamericanos honrados condenaron la maldad del puñado de sus compatriotas que en Cayo Hueso “han ofendido el derecho humano, la república y la patria”.¹⁸

En Filadelfia, donde ya desde abril del año anterior se había constituido la Liga Cubanoamericana —club “cuyos propósitos y alcance van todos en su nombre”— se llevó a cabo, a fines de marzo de 1894, una fiesta de amistad en la que los ciudadanos de ambas nacionalidades honraron a Fermín Valdés Domínguez, patriota recientemente llegado a la Isla. Por los hombres del país habló Laforest Perry, quien pidió “respeto y ayuda para los cubanos, que son

¹⁶ Sobre este tema, consúltese Ibrahim Hidalgo, “Antianexiónismo y antiimperialismo en *Patria*”, en *Incursiones en la obra de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales y Centro de Estudios Martianos, 1989, pp. 226-228. Un testimonio acerca del hecho lo expone Horatio S. Rubens, en *Liberty. The Story of Cuba*, Nueva York, Brewer, Warren and Putnam, 1932, pp. 13-21 y 34-44.

¹⁷ “¡A Cuba!”, *Patria*, 9 de febrero de 1894. El artículo de Martí del que se cita la interrogación de las primeras líneas de este párrafo fue publicado el 27 de enero, véase José Martí, “¡A Cuba!”, *OC*, vol. 3, p. 53.

¹⁸ “La protesta de Jacksonville”, *Patria*, 9 de febrero de 1894, véase “Thomasville y El Cayo”, en la edición del 20 de enero del propio año.

ya dignos de la república''.¹⁹ En abril, aprovechando la visita del general Máximo Gómez a Nueva York, la Liga lo invitó a Pennsylvania, donde se le ofreció una calurosa recepción en el puesto de la caballería veterana de la república; luego, acompañado por una comitiva, se dirigió al parque de Fairmont y más tarde a la redacción del *Public Ledger*. Pocos días después se anunció la próxima creación de dos nuevos clubes: uno de señoras de veteranos norteamericanos, y otro de jóvenes distinguidos del país.

Por su parte, en el sur, los cubanos del Peñón Histórico recibían proposiciones de Ocala, de Tampa, de Punta Gorda, de Tallahassee, para trasladarse a estas localidades, donde les ofrecían casa, trabajo y trato respetuoso y amable. El "puñado de norteamericanos visibles del Cayo", aliados al gobierno de España, interesados en deshacer aquella heroica comunidad, no pudieron disfrutar la pírrica victoria, pues sus espúreos propósitos se vieron atenuados, debido a las soluciones ofrecidas por aquellos norteamericanos industriales, y por la ofensiva de los cubanos, cuyo primer combate fue la edición semanal, en inglés, de *El Yara*, destinada a "decir en el Cayo revuelto, cara a cara de sus elementos brutales y hostiles la verdad sobre Cuba y los cubanos".²⁰

Crecían la amistad y el respeto.

Pero una vez más, el gobierno de los Estados Unidos dio su apoyo a la monarquía española, al actuar contra los independentistas cubanos, quienes con el mayor sigilo habían preparado tres expediciones que saldrían desde el puerto floridano de Fernandina para trasladar su carga de armas y hombres hasta las costas de la Isla. Una orden del secretario de Hacienda de Washington, en los primeros días de enero de 1895, dio inicio a una operación mediante la cual se impidió la salida de las embarcaciones, a la vez que las armas fueron incautadas. No cabían dudas del gran servicio prestado por las autoridades del Norte a la Corona hispana, como reconoció el periódico habanero *La Lucha*: "La verdad es que la soberanía de

¹⁹ "En Filadelfia, en honor de Fermín Valdés Domínguez", *Patria*, 5 de abril de 1894, cuyo autor es José Martí, de acuerdo con la compilación de Carlos Ripoll *Escritos desconocidos de José Martí*, Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1971. Para la información del resto del párrafo, véase "El general Gómez en Filadelfia" y "El Delegado en Filadelfia", *Patria*, 17 de abril y 11 de marzo de 1894, respectivamente. Las palabras entrecuilladas acerca de la Liga Cubanoamericana se hallan en José Martí, "Los cubanos de Filadelfia. La visita del Delegado", *Patria*, 29 de abril de 1893, *OC*, vol. 5, p. 18.

²⁰ "El Yara en inglés", *Patria*, 9 de marzo de 1894.

España tiene grandes deberes que cumplir con el gobierno americano que, al fin, ha sido esta vez quien ha librado a España de algún disgusto'.²¹

A pesar del revés sufrido, el Delegado y sus más cercanos colaboradores decidieron, previa coordinación con la Isla, iniciar la guerra. El 24 de febrero de 1895 comenzaron las hostilidades. Fue entonces cuando la amistosa solidaridad alcanzó su punto más alto. Al júbilo de los cubanos radicados en territorio estadounidense se unieron sus amigos del país, quienes hicieron patente el apoyo a la lucha por la libertad mediante el envío de donativos, el ofrecimiento de locales para reuniones y mítines, con expresiones de simpatía y apoyo moral a la causa de Cuba, con peticiones de reconocimiento de la beligerancia de los patriotas, dirigidas al gobierno federal, y solicitudes a éste para que expresara su desaprobación al régimen colonial de la Isla, y con resoluciones al respecto por parte de las legislaturas de la Florida, Nueva York, Pennsylvania y Washington; e inclusive, en Cincinnati se fundó un periódico en inglés, *El Cubano*, patrocinado y redactado por norteamericanos.²²

Era necesario impedir la intromisión del gobierno de los Estados Unidos en la guerra recién comenzada, ya fuera como resultado de las gestiones expansionistas del Norte como de sus acólitos nacidos en Cuba, cuya actividad había constituido motivo de angustia para Martí en 1889, cuando se fraguaba un plan que incluía al poderoso vecino como mediador ante España para lograr la separación de ésta mediante la garantía estadounidense, lo que llevaba implícito el objetivo no confeso de apoderarse de la Isla. El Apóstol expresó entonces, prevenido contra este peligro mayor: "Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?". No tenía duda alguna: "Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión". Ningún hombre que pensara en su patria antes que en sus miras personales debía asumir un proyecto que equivalía a "la

²¹ Citado en "Trasnochados", *Patria*, 18 de febrero de 1895.

²² La información puede localizarse en "Cumple su promesa", *Patria*, 15 de abril de 1895, y en "Valiosa ayuda", "Gran meeting en Filadelfia", "El meeting de Jacksonville", "Última hora", "Resoluciones presentadas por la legislatura de Albany" y "Los Estados Unidos y Cuba. Florida, New York, Pennsylvania, apoyan el movimiento separatista", *Patria*, 18 de marzo, 8, 15 y 20 de abril y 4 y 18 de mayo de 1895, respectivamente y en "Cuba in insurrection", "Have not lost hope" y "Aid for Cuba's cause", *The New York Herald*, 27 y 28 de febrero y 9 de marzo de 1895, información aportada por Oscar Lapeley.

pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad".²³

Para garantizar ésta, y la plena soberanía en la República futura, la guerra debía llevarse a cabo con los esfuerzos propios, que demostraran sobradamente la capacidad de nuestro pueblo para hallar las soluciones convenientes a sus dificultades y contratiempos. Pero no era ésta una batalla que librarán los cubanos solamente por el futuro de su patria y de Puerto Rico, sino, también, para lograr el equilibrio de las fuerzas que se hallaban en tensión en el planeta, disputándose las porciones de éste como botín de los más recios. "Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar", aunque para lograr dicha estabilidad debía comenzarse por la independencia de éstas, de modo que "la codicia posible de un vecino fuerte y desigual" no convirtiera las Antillas, colocadas "en el fiel de América", en "mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder". Las islas libres "serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América Española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte", que hallaría mayor grandeza en el desarrollo interno del país, "por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles", que en la conquista de sus vecinos y en la pelea que la posesión de éstos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. El PRC se proponía evitar, con la libertad de Cuba y Puerto Rico, "el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición", propósitos de alcance universal que rebasaban con creces el logro del bienestar de los habitantes de las dos islas, para alcanzar la dimensión de un "suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana".²⁴

En la estrategia continental martiana, pues, los Estados Unidos también serían beneficiarios. No los grupos expansionistas, im-

²³ José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, 29 de octubre de 1889, *OC*, vol. 1, p. 251.

²⁴ José Martí, "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América", *Patria*, 17 de abril de 1894, *OC*, vol. 3, pp. 142 y 143. Véase Julio Le Riverend, "El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo", en su *José Martí: pensamiento y acción*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1982, pp. 97-122.

periales, prepotentes y desdenosos de sus vecinos de habla hispana, claro está, sino la parte honesta de sus vecinos norteamericanos, verdaderamente democrática, que sufría en carne propia las consecuencias de la actuación de los magnates opulentos y los politiqueros de oficio, que habían cambiado "en lo real la esencia del gobierno norteamericano", pues "la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas", y donde "se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra".²⁵

A los estadounidenses amantes de la libertad y el decoro del hombre se dirigió Martí desde la manigua cubana, en carta remitida a *The New York Herald*, y publicada por éste el 19 de mayo, el propio día en que una bala enemiga privaba a la revolución del más lúcido de sus guías. En ella explicaba las causas de la guerra, la capacidad del pueblo para vencer sobre el colonialismo español y constituirse en república democrática, a la vez que señalaba las razones por las cuales "los cubanos arrogantes o débiles, o desconocedores de la energía de su patria", tienden a apoyarse "en un poder extraño que se prestase sin cordura a entrar de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora, como el imperio francés favoreció en México a Maximiliano". No debería cometerse tal error, que sólo perpetuaría "el alma de amo" en el país que derramaba su sangre por extirpar de su cuerpo aquel elemento impuro. Por el contrario, los Estados Unidos, dice:

Preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplices de una oligarquía pretenciosa y nula que sólo buscarse en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad, ínfima de la Isla sobre la clase superior, la de sus conciudadanos productores. No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía.²⁶

²⁵ Los dos primeros fragmentos se hallan en José Martí, "En los Estados Unidos", *La Nación* (Buenos Aires), 28 de febrero de 1889, y el último en "La crisis y el Partido Revolucionario Cubano", *Patria*, 19 de agosto de 1893, *OC*, vol. 12, p. 135 y vol. 2, p. 368, respectivamente.

²⁶ José Martí, "Al Editor de *The New York Herald*", *OC*, vol. 4, p. 156. Texto y título rectificados por la transcripción del original, que aparece en la última parte del trabajo de Luis Toledo Sande, "José Martí contra *The New York Herald* contra José Martí", *Anuario del Centro de Estudios Marianos* (La Habana), núm. 10 (1987), pp. 21-47, esp. pp. 48-72.

Éste fue el último mensaje de José Martí dirigido a los norteamericanos, el cual desarrolla las ideas recogidas en la frase sintetizadora del Maestro: "Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting",²⁷ contraposición que expresa una de las ideas centrales de la política concebida y realizada por el Apóstol, quien apreció las diferencias entre hombres avasalladores como Jay Gould, William Walker o James Blaine, de una parte, y de otra hombres fundadores como Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman o Wendel Phillips. De aquéllos no era posible obtener respeto y amistad; sí de éstos, representantes del pueblo norteamericano, el cual junto con el pueblo cubano, podía y puede compartir los ideales democráticos y humanistas de José Martí

²⁷ José Martí, "Vindicación de Cuba", Nueva York, 21 de marzo de 1889, *OC*, vol. 1, p. 237. Esta contraposición se halla sintéticamente recogida en "Panorama norteamericano: juicios laudatorios y críticas severas", en *José Martí. Esquema ideológico*, selección, prefacio, glosas y notas por Pedro González e Ivan Schulman, México, Editorial Cultura, 1961, pp. 499-526.